

CONTENIDO

LA ESPADA DEL CANTO	1
INVOCACIÓN PRELIMINAR	4
INTRODUCCIÓN A «DÍA DE LA ASCENSIÓN Y PENTECOSTÉS»	6
DÍA DE LA ASCENSIÓN	17
COMENTARIO POR VERSOS	48
PENTECOSTÉS	51
COMENTARIO POR VERSOS	81
NOTAS A «DÍA DE LA ASCENSIÓN Y PENTECOSTÉS»	88
NOTAS A «DÍA DE LA ASCENSIÓN»	110
NOTAS A «PENTECOSTÉS»	171
DESPUÉS DEL AGNOSTICISMO	188
AMBROSII MAGI HORTUS ROSARUM*	209
LAS TRES CARACTERÍSTICAS	243
UN ENSAYO ONTOLÓGICO	267
CIENCIA Y BUDISMO	307
EPÍLOGO	368
BIBLIOGRAFÍA	371

«Si fuera tan amable, señor...»

«Pues bien», declaró el Caballero, con el aire de quien
ha estudiado a fondo la cuestión
y ha alcanzado una conclusión absolutamente final e
irrevocable,
«eso... solo la Bondad lo sabe.
Pero te la cantaré.»

INVOCACIÓN PRELIMINAR

NOTHUNG.*

Las coronas de dioses y mortales se marchitan;
las lunas se apagan donde brillaron constelaciones;
innumerables eones nos trajeron hasta aquí;
innumerables eones nos llaman a seguir.

El mundo es antiguo—y yo soy fuerte.
¡Despierta, despierta, oh espada del canto!

Aquí, en el crepúsculo de los dioses, me demoro;
el mundo aguarda una Palabra de Verdad.

¡Enciéndete, oh lira, bajo mi dedo!
¡Evoca la terrible juventud de la edad!
¡A las armas contra el error inveterado!
¡Despierta, despierta, oh espada del canto!

Sobre arena se tambalea la Casa de la Fe;
se alza el aullido de sectas en ruina;
del santuario huye el espectro perdido:
«¡Dios ha abandonado a sus elegidos!»

La confusión se abate sobre la multitud—
¡Despierta, despierta, oh espada del canto!

Despierta para herir, despierta para sanar
hiriendo—¡oh espada irresistible!

Levanta los sacerdocios abatidos que claman
en agonía a su Señor postrado.

Levanta al rebaño engañado—han sufrido largo
tiempo—
¡Despierta, despierta, oh espada del canto!

Que mi fuerza atraviese la agonía de la edad;
que mi música encante el antiguo
dolor de los años; que mi guerra combata,
con hierro, hacia una edad de oro:

El mundo es antiguo—y yo soy fuerte.
¡Despierta, despierta, oh espada del canto!

* *Nombre de la espada de Nothung.*

INTRODUCCIÓN A «DÍA DE LA ASCENSIÓN Y PENTECOSTÉS»

¡Ni una palabra para introducir mi introducción!

Lancemos de inmediato la Nave del Discurso sobre el mar de la especulación religiosa, en peligro por los Escollos de la Autoridad y las Arenas Movedizas de la Interpretación Privada: Escila y Caribdis. Aquí está el estrecho: ¿qué dios nos salvará del naufragio?

Si optamos por comprender la religión cristiana (o cualquier otra) de manera literal, nos vemos de inmediato abrumados por su imposibilidad inherente. Nuestra credulidad es violentada; nuestro sentido moral se ve escandalizado; los fundamentos más sagrados de nuestro ser íntimo son asaltados, no por un ardiente guerrero en triple acero, sino por un gusano vil y repugnante.

Que esto es así lo indican suficientemente (por regla general) los apologistas de la religión en cuestión, cualquiera que sea, por el propio método de su apología.

La alternativa es tomar la religión de manera simbólica, esotérica; pero dar un solo paso en esa dirección es emprender un viaje cuyo fin no puede determinarse. La religión, al dejar de ser una cosa tangible, un objeto uniforme para todos los ojos

cuerdos, se convierte más bien en esa bruma sobre la cual el sol del alma proyecta, como espectros de Brocken, vastas e imprecisas imágenes del propio contemplador, con o sin una gloria que las circunde.

La función de los hechos pasa entonces a ser completamente pasiva: importa poco o nada que la nube sea la niebla roja del cristianismo, o el fulgor blanco-plateado del paganismo celta; el gris duro, tenuemente dorado, del budismo; la opacidad lanosa del islam, o el medio misterioso de aquellas antiguas religiones que surgen en tantos colores como estados de ánimo tenga su investigador.*

«Para superar las dificultades éticas que presenta el naturalismo ingenuo de muchas partes de aquellas Escrituras, en cuya autoridad divina creía firmemente, Filón tomó de los estoicos (que se hallaban en dificultades semejantes respecto de la mitología griega) aquel gran Excalibur que ellos habían forjado con infinito esfuerzo y destreza: el método de la interpretación alegórica. Este poderoso «motor de dos manos a la puerta» del teólogo está garantizado para poner rápido fin a toda dificultad moral o intelectual, mostrando que, tomadas alegóricamente o, como también se dice, «poéticamente» o «en sentido espiritual», las palabras más claras significan aquello que un intérprete piadoso desee que signifiquen.» (Thomas Henry Huxley, «Evolution of Theology»). — A.C.

Si el estudiante ha avanzado espiritualmente hasta el punto de poder percibir internamente, de manera infalible, qué es la Verdad, la encontrará igualmente bien simbolizada en la mayoría de las religiones externas.

Resulta curioso que Robert Browning nunca dirija su admirable facultad de análisis hacia los problemas fundamentales de la religión, como si se tratara de un hacha puesta en la raíz del Árbol de la Vida. Parece bastante claro que sabía qué resultado se seguiría si lo hiciera. No podemos evitar pensar que no quiso hacerlo. La prueba de su conocimiento la encuentro en los siguientes versos:

«He leído mucho, he pensado mucho, he experimentado mucho, y, sin embargo, preferiría morir antes que confesar mi temor de que la licuefacción de Nápoles pueda ser falsa... Te oigo recomendar que, al menos, podría eliminar, depurar mi fe, ya que la adopto: conservar lo que debo y dejar lo que puedo; puntos como este... pero cuando me pides que la purifique, no veo fin posible a tal proceso... si primero suprimo la licuefacción, ¿qué queda al final sino el ingenioso tajo de Johann Gottlieb Fichte contra el mismo Dios?... no confío ni en la mano, ni en el ojo, ni en el corazón, ni en la mente para detenerse a tiempo: todos se embriagan por igual.

El primer paso—ese—no soy capaz de darlo.»

DÍA DE LA ASCENSIÓN

Me arrojé fuera de la capilla¹, de la iglesia,
del templo, del salón y de la sala de reunión,
de la gruta de Venus y de la tumba de Osiris,²
y al diablo dejé en abandono,
mientras Dios³ se perdía entre la multitud de dioses,⁴
y el alma descendía⁵ en la turbia marea
de lo metafísico, de ojos de loto;⁶
y yo era—en fin, ¿qué importa?
¿La vida que vivir? ¿El pensamiento que pensar?

¿Me refugiaré en una torre, como antaño Childe Roland,
ciega, sorda, inmensa,
o en ese bosque de doscientos mil árboles,⁸
igualmente aptos para cobijar al hombre y al ratón? —y...

¿Diré ‘Dios’? Ten paciencia, Reverencia,⁹
¡te aseguro que saldrás de aquí un hombre más sabio!

Golpeemos—como el negro que extrae buen jugo de ello
y no se preocupa de si es o no el uso correcto de Dios—,¹⁰
en todo ese bosque de versos, un solo árbol,¹¹
llamado «País del gorro de dormir de algodón rojo»:

cómo un orfebre, entre la Virgen arrebatadora
y una amante demasiado corrompida para admitir siquiera un
remedio,
día tras día y hora tras hora,
perdido en un bosque browningiano de pensamientos,
esperando un milagro, se arrojó a sí mismo solemnemente
desde lo alto de una torre.

Moral: no arruines un entretenimiento tan excelente como
una amplia propiedad con iglesia y cortesana.

«La verdad, ese es el oro»¹²—pero no te inquietes por ello.
¡Yo, tú o Simpkin¹³ podemos arreglárnoslas sin ella!

Si la tarea de la vida es el trabajo y la del amor
(el de labios suaves), el reposo,
¿es la muerte la gloria de Dios? ¡Discútelo con Eurípides!

O, si la cuna es penuria y al final el ataúd, reposo,
¿y el amor es inmundicia? ¡preguntemos a Aristófanes!

¿O si el sol del cielo nos abrasa, mientras los insectos y pulgas
de la tierra nos devoran,
es el amor el azote de Dios? ¡remítete a Esquilo!

(¡No! ¡eso es un desliz! Digamos: «¡artificio sombrío de la
tierra, pérdida fría!»—

¡Mejor la antigua ortografía griega! —Aischylos!¹⁴)

¿O si el amor es la espuma del champán de Dios, y la muerte,
en la cuba del hombre, las heces del vino,
y la emoción, la tenue floración del puerto? ¿Qué responde
Sófocles?

En suma: con la medicina del amor, ¡bebámonosla en pócima,
bolo y glóbulo!

Sabio y conciso, así lo aconseja, creo, Aristóbulo.¹⁵

Sea mi Musa Euterpe o Clío,
vida, muerte y amor son todos batracomiomaquia,¹⁶—¿qué?
¡eh! ¿viejo Alcibíades extinguido?

Por mi parte: do ut—¡Dios verdadero, hombre muñeco
mentiroso! —des.

No es fácil, ¿verdad, señor, encontrarle sentido?

¿Una mina de tantas libras—y ni un bolsillo con peniques de ello?¹⁷

Probemos algo más sencillo,¹⁸ donde el poeta, a mi juicio, busca esa luz que yo encuentro en sueños.

Así como él acude a banquetes para expandirse, haré yo lo mismo para lanzar mi vieja barca:

analizar, tomar indicios de Newton¹⁹ o Faraday,²⁰ usar toda arma—amor, desprecio, razón, parodia.

¿Y justo donde él adora? ¡Ay de mí! ¿acaso su alma, allá en alguna gloria, ha de ser herida por un topo que escarba en la tierra?

¿No verá su espíritu, relámpago a relámpago, el espíritu en mí?

¿Parodia? ¿No ha de perdonarme su espíritu, a mí, que lo amaré mientras viva?

¿Está el amor en su culmen en el amor puro? No—sino después, cuando la levedad del canto se disuelve dulcemente en risa.

Entonces, y solo entonces, los amantes sabrán que nada podrá separarlos jamás. Y así,

¡Musa, flota sobre mí! ¡Apolo, sobre ella!
Yo, de los modernos, he dejado a un lado el griego.²¹

Fuera del camino, la Intuición la aparta;
Espíritu y Verdad busco en mi oscuridad.

Poco a poco burbujan y se filtran;
lo que tengo, al mundo lo revelo.

Palabras—¿son débiles, al fin? ¡Hablarán!

PENTECOSTÉS

Hoy se cumplen tres mitades de la semana lunar
desde que tú, indignado, me oíste hablar
indignado.

Entonces yo parecía estar
¡tan lejos del cristianismo!

Ahora, otras celebraciones convienen
al tiempo; otro canto ha de alzarse,
respondiendo a otra melodía.

La sombra de septiembre cae sobre junio,
pero el más oscuro día de noviembre
es iluminado por el sol de mayo.

Aquí es donde he obtenido un mejor aprendizaje.
¡Es un camino largo el que no tiene retorno!

Loco como un *Urning* perseguido por mujeres,
el amante de la verdad acosado por la mentira:*

Las fauces de la hechicería devoran al principiante;
en el molino del Dolor, los neófitos son grano;
los discípulos se retuercen en el potro.

Cinco años busqué: fracaso y carencia;
la agonía me persigue en giros enredados;
enflaquezco, lucho y me consumo,
y llego a odiar la sola vista de la comida.

Con sed sagrada, yo, alma hidrópica,¹
leo a Éliphas Lévi²
y el críptico copto;³

con ANET HER-K UAA EN RA,⁴
y

ספרא דצניעותא

Mientras el buen MacGregor⁵
(que nos enseñaba generosamente)
nos instaba a investigar a Cornelius
Agrippa y las hechicerías negras
del sombrío Honorio y de Abramelin;⁶

mientras, fecundos como la prole hirviente
de un *lax* en escabeche o de un espinoso,
llegaban antiguos rituales⁷—¡zas! ¡zas!—
de la Rosacruz y la Golden Dawn⁸.

Amante de la verdad.

Viví, como Elías, en el Carmelo;
todo me dio nada.

Volví atrás, hacia el sentido común,
como lo dicta la razón,

y «de ahí», amigo mío, «las Pirámides».

Por fin encontré a un maníaco—
de ojos apacibles, llenos de amor, y cabellos
blaqueados en esas soledades
donde halló la sabiduría;

y largas manos,
suaves, de pálido olivo, contra la arena
ámbar y dorada.

Al verlo, lo reconocí;
más veloz que la luz me lancé hacia él,
corrí a su encuentro,

y a sus santos pies postré
mi cabeza; luego, con todo mi ser colmado
de amor, exclamé:

«¡Maestro! Debo saber.
Ya sé amar.»

Así fue.

El sabio me saludó:

राम । राम ।⁹
लम्बा पडाव की बड़ी दाम ।
जानी यह सब से मुश्किल काम
है । वाह शावाश । तुम्हार नाम
सितारों में सीने से लिखा है ।
हमारे पास आप चेले । हम दवाई
चित्ता के वास्ते देंगे ॥ हां

dije yo:

«Estoy dispuesto a trabajar por toda la eternidad,
¡Su Santidad, Gurú Swami!»*

Así estudié con él
hasta que me dijo:

बस ॥¹⁰

CIENCIA Y BUDISMO

(Inscrito a la venerada memoria de Thomas Henry
Huxley.)

I.

El propósito de este ensayo es establecer una comparación estricta entre las concepciones modernas de la ciencia acerca de los Fenómenos y su explicación, allí donde exista, y las antiguas ideas de los budistas; mostrar que el Budismo, tanto en teoría como en práctica, es una religión científica; una superestructura lógica sobre una base de verdad experimentalmente verificable; y que su método es idéntico al de la ciencia.

Debemos excluir resueltamente los rasgos accidentales de ambos, especialmente del Budismo; y, por desgracia, en ambos casos tenemos que enfrentarnos a intentos deshonestos y descarados de atribuir a uno u otras opiniones de las que ninguno está dispuesto a hacerse responsable.

El profesor Huxley ha tratado uno de estos en su «Pseudo-Scientific Realism»; el profesor Rhys Davids ha demolido el otro con aquel comentario mordaz sobre «Esoteric Buddhism», afirmando que «no era esotérico y ciertamente no era Budismo». Pero algo del barro teosófico aún se adhiere al carro budista; y todavía hay quienes creen que la ciencia sensata ofrece

al menos un saludo amistoso al Ateísmo y al Materialismo en sus formas más groseras y militantes.

Entiéndase, pues, desde el principio, que si en la Ciencia incluyo la metafísica, y en el Budismo las prácticas de meditación, no me alinee ni con los recortadores o «reconciliadores» por un lado, ni con los prestidigitadores animistas por el otro. Aparte de los desechos teosóficos, encontramos a Sir Edwin Arnold escribiendo:

«Quien diga que Nirvana es cesar, díganle que miente».

Mentira es una palabra fuerte y debería leerse «traducir correctamente».¹

Supongo que no escandiría, ni rimaría; pero Sir Edwin es la última persona que se dejaría detener por una nimiedad semejante.

El Dr. Paul Carus, también, en el «Gospel of Buddha», se complace en presentar el Nirvana como un paralelo del Cielo cristiano. Basta con que reitere la opinión unánime de los estudiosos competentes: no existe fragmento alguno de evidencia en ningún libro canónico suficiente para sostener tales interpretaciones frente a la tradición y la práctica budistas; y que cualquier persona que persista en afinar el Budismo según su propia arpa judía de este modo está poniendo en riesgo su reputación, ya sea de erudición o de buena fe.

Hombres de ciencia no escasean en Occidente, aunque quizá los budistas sí; y puedo dejar con seguridad en sus manos la tarea de castigar a los furtivos ladrones del ámbito físico.

1. Véase Childers, *Pali Dictionary*, s.v. *Nibbana*.

II.

Los rasgos esenciales del Budismo han sido resumidos por el propio Buddha. Para mí, desde luego, lo que el Buddha dijo o dejó de decir es irrelevante; una cosa es verdadera o no lo es, independientemente de quién la haya dicho. Creemos al señor Savage Landor cuando afirma que Lhasa es una ciudad importante del Tíbet. Cuando solo se trata de probabilidades, por supuesto, nos vemos influidos por el carácter moral y las capacidades mentales del hablante; pero aquí no tengo nada que ver con lo incierto.¹

Existe una excelente prueba para el valor de cualquier pasaje en un libro budista. Creo que estamos justificados en descartar aquellos pasajes que son claramente ficción oriental, del mismo modo que la crítica moderna, por muy secretamente teísta que sea, descarta la historia de Hasisadra o la de Noé. En justicia hacia el Budismo, no carguemos a sus

Escrituras con la tarea sisífrica de sostener seriamente la interpretación literal de pasajes evidentemente fantásticos.² Que nuestros zelotes budistas aprendan de la suerte de la vieja ortodoxia inglesa. Pero cuando el Budismo se digna a ser vulgarmente científico; a observar, a clasificar, a pensar; entonces considero que podemos tomar el asunto en serio y conceder una investigación razonable a sus afirmaciones.

1. Véase el ejemplo clásico de Huxley del caballo, la cebra y el centauro.

2. Del mismo modo, cuando las parábolas budistas son de naturaleza mística, cuando se pretende que un simbolismo complejo de números (por ejemplo) proyecte una verdad, debemos descartarlas. Mi experiencia del misticismo es bastante amplia; su dictamen final es que la parábola x puede equipararse a a , b , c , d ... z por veintiséis personas distintas, o por una sola persona en veintiséis estados de ánimo diferentes. Aun si tuviéramos una explicación tradicional sólida, mantendría mi posición. Las armas de la Alta Crítica, suplementadas por el Sentido Común, son perfectamente válidas e inevitablemente destructivas frente a cualquier estructura de ese tipo. Pero seguramente corro el riesgo de resultar ridículo al escribir así al mundo científico.

Lo que realmente deseo mostrar es que no es necesario buscar todos los platillos imaginativos del Budismo a costa de la digestión científica. Y, con un golpe indirecto, deseo también